En Valdivia no llueve III

Selección de relatos 2019

Los Libros del Gato Caulle

Organiza: Los Libros del Gato Caulle

Diseño: Ronald Javet P. / ronatan.com

Fotografías: @penta.prisma.ph

Cuentistas: Susana Castillo, Hugo Farias, Martina Pedreros, Isabel Astroza, Nicolás Mayora, Nicolás Catrian, Juan Angulo, Sofia Gonzáles, Diego Armijo, Claudio Salamanca.

1ª edición de 100 copias
Valdivia, Enero 2020.

Los libros del Gato Caulle

Comunidad literaria en Valdivia y el sur de Chile.

Especialmente agradecidos estamos del maestro Ronald Javet quien se ha lucido nuevamente con el diseño de la revista. También agradecemos profundamente a nuestras familias, a nuestras amistades, y a cada lectora y lector que se ha acercado a nuestra librería, para nosotros ha sido un honor poder compartir con ustedes a través de los libros.

Venta de libros en nuestra tienda y catálogo online.

Baquedano #628, Valdivia.

Narrativa, poesía, literatura infantil, y ensayo.

www.gatocaulle.cl
libros@gatocaulle.cl
@gatocaulle

"Después de días de gritos y llantos, había transformado mi dolor en odio y violencia." Violette Ailhaud, *El hombre semen.*

Leer no es solo pasar la vista por signos de palabras y decodificarlos mentalmente. Si estiramos esta definición podemos ampliarla a todo nuestro vivir cotidiano: estamos constantemente leyendo la realidad, decodificando nuestra existencia, nuestras relaciones, lo que vemos y ese aquello que nos llama la atención. Es así como durante este año se revelaron nuevas páginas, nuevas escrituras dentro de nuestra propia historia, donde contemplamos atónitos estos impredecibles nuevos giros.

Como librería hemos querido rendir un pequeño homenaje a esta nueva novela que se arma en las calles, intentando siempre dar un espacio a esas nuevas voces, esas que nos hablan desde tantos sitios ocultos o lejanos, relatos que fueron escritos y enviados antes del 18 de octubre, que empalman a través de la fotografía con la realidad de nuestros últimos meses: un grito silenciado frente a una muralla, susurros debajo del agua, nuevos códigos y decodificaciones que ahora se toman este espacio en blanco para manchar con letra y pintura.

Lamentablemente acá los personajes no salen ilesos, no es una ficción, es por eso que dedicamos, con mucho cariño y respeto, este tercer número de En Valdivia No Llueve a todas esas personas que no podrán volver a leer como lo hacían antes: a las más de 360 personas con heridas oculares producto de los ataques de las fuerzas de orden del estado chileno. Esperamos que esta revista y sus voces disidentes sean un testimonio más de tan hermosa lucha que se ha despertado en nuestros corazones.

Boris Farías y Diego Corvera
Los Libros del Gato Caulle
Valdivia, enero 2020

Primer Lugar

Susana Castillo
"La buena niña del Sur"

Menciones honrosas

Hugo Farías
"Un Emprendedor"

Martina Pedreros
"Pürun"

Isabel Astroza
"El dato"

Finalistas

Nicolás Mayora
"Espasmo"

Nicolás Catrian
"Re we lelay tati"

Juan Angulo
"El mecanismo de la memoria"

Sofia Gonzáles
"Reflejo Solitario"

Diego Armijo
"Terminal"

Claudio Salamanca
"Selva costera valdiviana"

La *buena niña* del Sur

Susana Castillo

Un tropel de voces te sostiene en el anacrónico tiempo de las muertas que no retornan. Tus recovecos se han vestido de sombras, y humaredas de leña no muy seca combustionan tu ausencia. Me he visto una y mil veces transitándote, ciudad de nostálgicas guerreras. Peregrinaciones populares han saciado tus rincones, y abundan las demandas en el corazón de tus puertas, las techumbres retumban cuando de tanto invierno las gargantas revientan. Te sofocas. Pero ahí permaneces, estoica, con ese orgullo provinciano de quien ostenta apellidarse europea.

Evadiendo preguntas, deslizas tus recuerdos por tus cauces hermosos, decoras con concreto lo que debió por siempre mantenerse verde y salvaje, así eres tú, la bella niña, hija del administrador de fundo, sonrisita fácil y pensamientos modernos sobre la paz y la no violencia. Pese a esto, mis coterráneas te esperan, se inventaron salvarte de tu comodidad enceguecedora, pero tú solo sueñas con ser la reina de los ríos y desfilar en el carruaje de la cerveza emblema. Buena niña, te invito a caminar con nosotras, experimentar tus barrios bajos y visitar de vez en cuando los humedales prohibidos. Los tiempos para degustar strudel han muerto, y la fuerza de tus hijas te demandan presencia. Siempre supimos que no todas íbamos a ser reinas, pero también que no nacíamos para vivir de esclavas.

Amiga mía, como cada tarde, la convocatoria está hecha. Te esperamos las insolentes, en la glorieta de siempre, a ver si esta vez te conmueve la muerte de otra *buena niña* como tú.

Un Emprendedor

Hugo Farías

Fuera de los ventanales, los buses rurales estacionados, llegando, yéndose. De fondo el Calle-Calle. Fue por televisión abierta, quizá a través de las redes sociales. O como expresión del aumento de ciudadanos conscientes que utilizan la tecnología para el bien común. Puede que haya sido un documental, un cortometraje. Pero supongamos que fue en la televisión nacional donde se abrió la interrogante sobre la infinidad de basura que yace bajo el río, y póngasele que hubo una persona conocedora, experta, o un grupo de activistas ambientalistas, que puso el tema sobre la mesa.

El asunto es insólito, al menos eso piensa una persona como yo que poco y nada conoce del mundo, de lo que pasa a lo largo de esta esfera de polos achatados, porque plana como dicen dudo que sea. Es impresionante la cantidad de interrogantes que se hace la humanidad en días como estos, y si bien, preguntas de un momento surgieron, cuánta inutilidad. Pareciera por puro capricho, así como buscando qué responder para evadir lo que debiese estar haciendo. Mi mamá, por ejemplo, me decía que no sirve andar haciendo cuestionamientos que no se van a ejecutar, que si pensamos es para hacer algo, digamos, ocupar el cuerpo. Pensar por pensar no. Pensar para actuar. Eso. Entonces hubo uno de esos personajes de este siglo, un emprendedor, que tuvo la gran idea de abrir el mercado turístico patrimonial de Valdivia reactivando el buceo, pues, aparentemente los indígenas de la zona tenían la virtud de nadar por debajo del agua, y como ahora es de suma importancia reconocer a los pueblos originarios, resulta más innovador rescatar esa costumbre. La premisa: “siempre hay gente atrevida, dispuesta a pagar por hacer cualquier cosa”.

El emprendedor fue tan arriesgado que no hizo un estudio de mercado como se debe, y se confió porque su propuesta era inédita, no existía ninguna experiencia similar. Ninguna competencia. Qué iba a imaginar ese pobre hombre que luego de hacer la inversión se encontraría con

la sorpresa de que en las profundidades del Calle-Calle no había más que basura. La mini pyme se fue a las pailas cuando los primeros clientes, aprovechando la promoción por inauguración, volvieron espantados a la superficie. La escena era terrible, niños llorando, mujeres gritando, y los curiosos comentando sin saber que sucedía. Usted se imaginará el tacho en el que bota sus residuos, los restos de comida, papeles, bolsas, envoltorios, loza rota. Lo inservible, lo inútil. Pero decir que había colchones era poco. De neumáticos a televisores; tazas de wáter y pantuflas, cepillos de dientes. Espejos rotos. Sacos con escombros y baterías de automóviles. Vestigios de personas extraviadas, otras desaparecidas. Cajas con archivadoras y documentos de la celulosa (no pregunte por los documentos, el agua hace lo suyo). Incluso, hallaron publicidad de la campaña presidencial de Evelyn Matthei. Las imágenes hablaban por sí solas.

El dato

Isabel Astroza

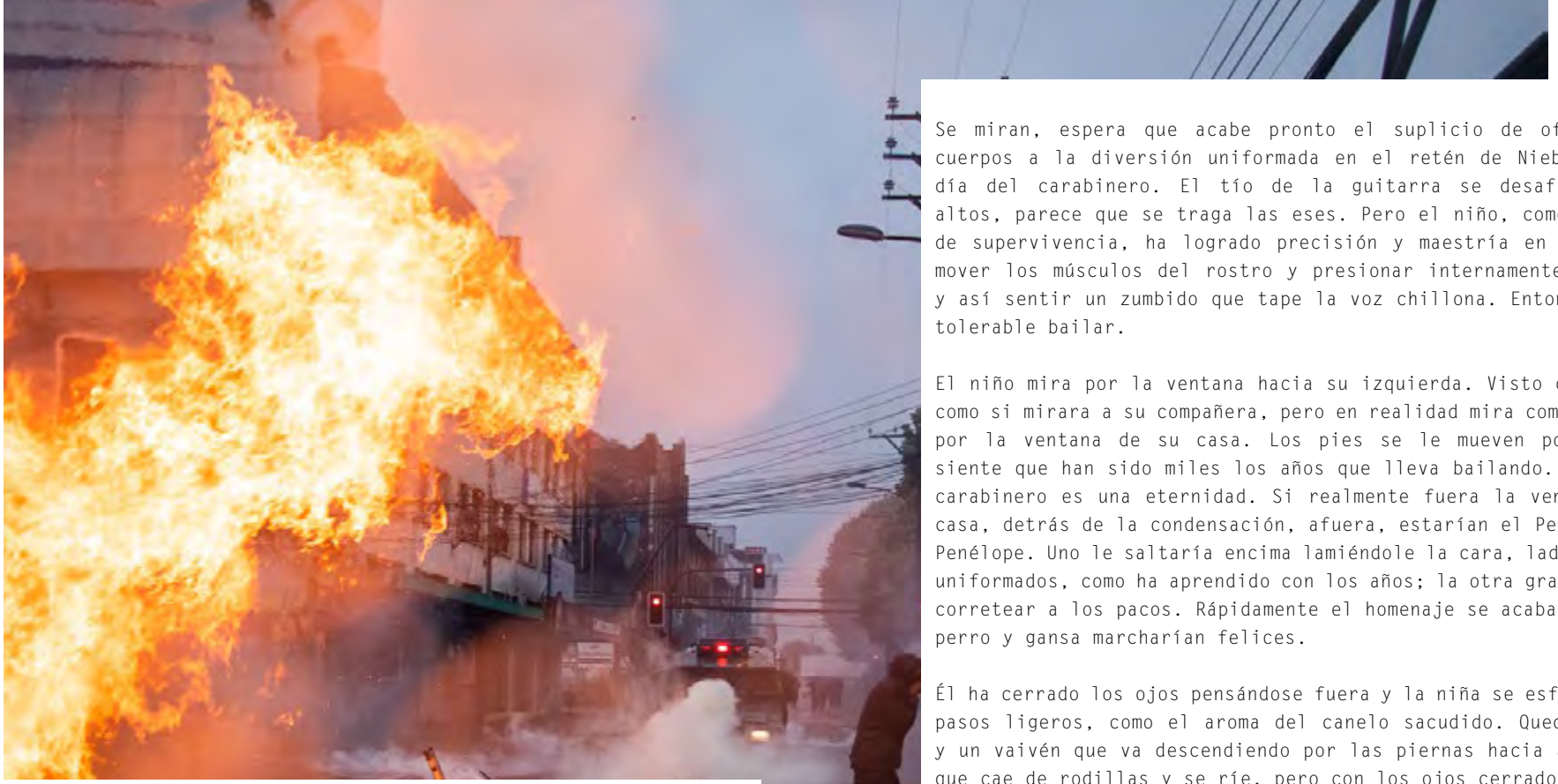
Apurado le vi cruzar desde la esquina del Banco Estado a la plaza. Actitud bien sospechosa. Yo que me recorro todos los días la costanera del terminal a la feria, ya le conocía muchas de sus tretas. Pero ésta, ésta señores era una nueva. Así que me quedé harto rato acicalándome las uñas en un banco cerquita de la pérgola para despistar, mirándolo por el rabillo de mi ojo izq, el bueno. El ojo malo igual funciona algo, pero eso es harina de otro costal.

El caso es que me descuidé un segundo con unas palomas, y el bandido ese ya no estaba. Ah no, me dije, tengo que salir a buscarlo. Así que apreté cachete, aunque exactamente no tengo mucho, y bajé corriendo por la calle del lado de la catedral hasta el muelle. Mi instinto me decía que lo iba encontrar cerca del famoso péndulo, porque chitas que le gusta a este socio quedarse mirando por horas ese instrumento.

Y allí estaba pues, muy instalado, mirando hipnotizado la bola de metal.

-Ya sé que me estuviste espiando Negrita - me dice - tan copuchenta que me saliste, pero como igual me caes bien te paso un dato: debajito del árbol de don Luis Oyarzún nos están dejando agüita y comida unos cabros. ¿Comiste hoy algo?

A esas alturas ya mis tripas las tenía pegadas al espinazo, así que enfilamos rumbo de vuelta, disimulando, no fuera que el resto de los compas perrunos dieran con el dato.



Pürun

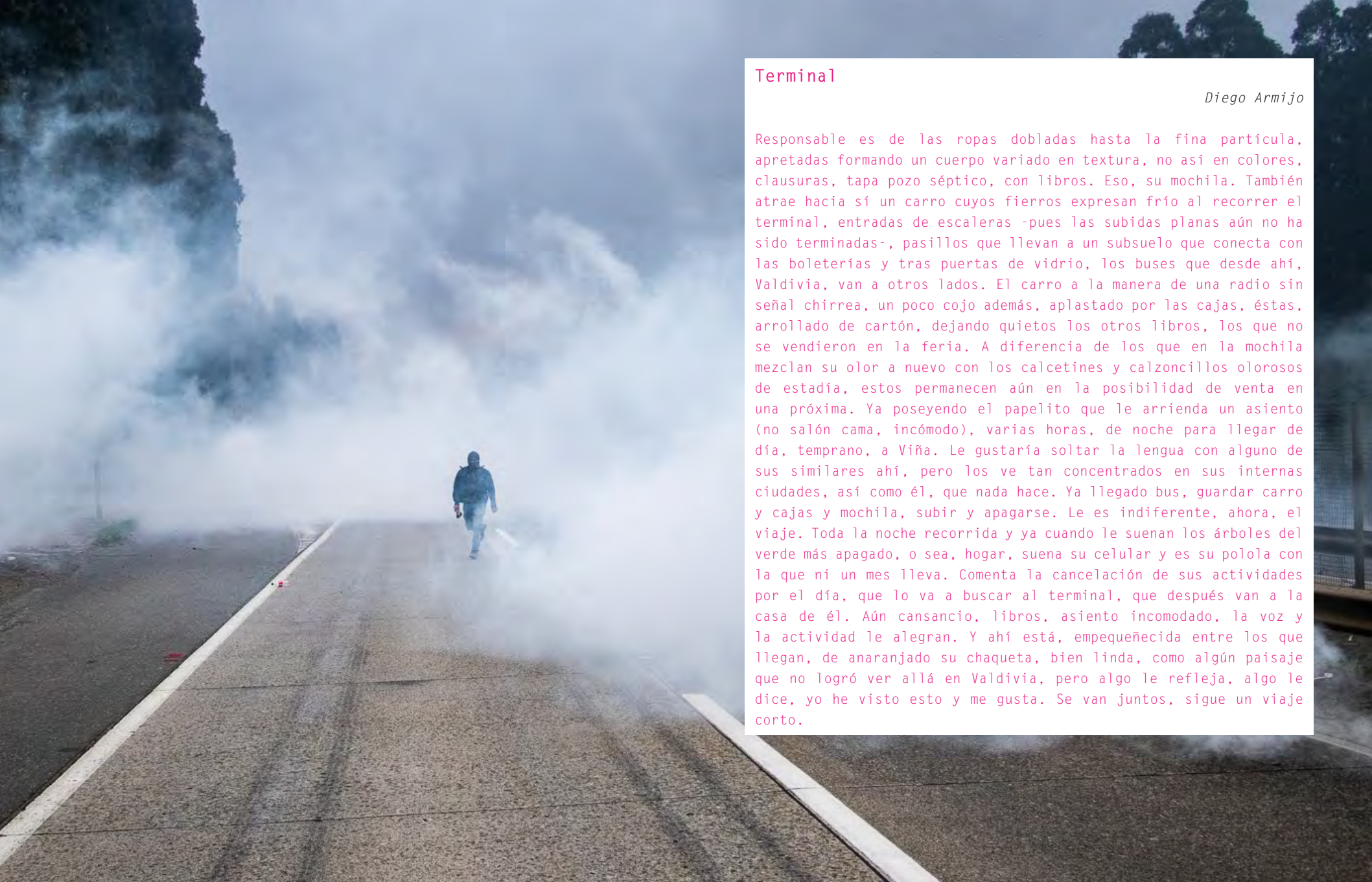
Martina Pedreros

Con la rama de canelo en la mano, la niña de jumper barre la vibra marcial del lugar. Sonríe porque sabe -le dijeron- que debía siempre verse gentil, le mostraron las bailarinas de los programas de talento para ejemplificar. Ella mira a su compañero de baile y le da la impresión que todo lo ha repetido innumerables veces. Tiene una pluma pegada en las calcetas que se agita cuando salta. Va hacia adelante y hacia atrás, el cuerpo movido por un vaivén tan propio como prestado. No se esfuerza por simular que lo disfruta.

Se miran, espera que acabe pronto el suplicio de ofrendar sus cuerpos a la diversión uniformada en el retén de Niebla para el día del carabinero. El tío de la guitarra se desafina en los altos, parece que se traga las eses. Pero el niño, como mecanismo de supervivencia, ha logrado precisión y maestría en el arte de mover los músculos del rostro y presionar internamente los oídos y así sentir un zumbido que tape la voz chillona. Entonces es más tolerable bailar.

El niño mira por la ventana hacia su izquierda. Visto de lejos es como si mirara a su compañera, pero en realidad mira como si mirara por la ventana de su casa. Los pies se le mueven por inercia: siente que han sido miles los años que lleva bailando. El día del carabinero es una eternidad. Si realmente fuera la ventana de su casa, detrás de la condensación, afuera, estarían el Pericles y la Penélope. Uno le saltaría encima lamiéndole la cara, ladrando a los uniformados, como ha aprendido con los años; la otra graznaría para corretear a los pacos. Rápidamente el homenaje se acabaría y niño, perro y gansa marcharían felices.

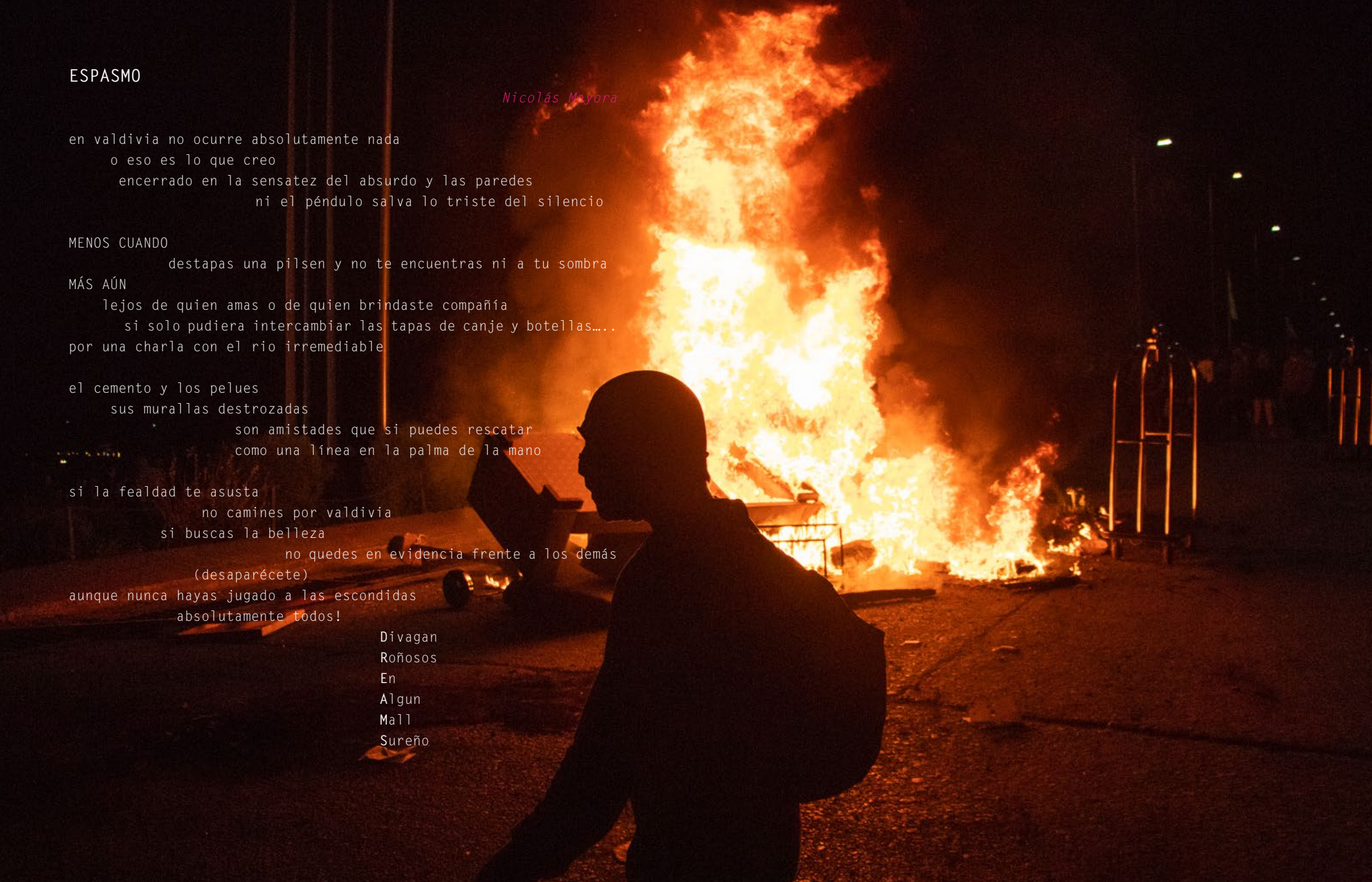
Él ha cerrado los ojos pensándose fuera y la niña se esfuma con sus pasos ligeros, como el aroma del canelo sacudido. Queda solo. Él y un vaivén que va descendiendo por las piernas hacia abajo hasta que cae de rodillas y se ríe, pero con los ojos cerrados y la boca abierta. Hay huecos entre los dientes de leche y los definitivos. La niña -que está ahí, aunque él no la sienta- cree ver los ojos de su compañero en blanco, como mirando para adentro. Lo sacan del trance los aplausos y la huella que su baba le va dejando sobre el mentón. Se sacude las plumas que le quedaron entre el poncho y las calcetas. Penélope ha trabajado duro por despercudirle el miedo y la inercia. Su compañera lo mira y le sonríe, incluso, espontánea.



Terminal

Diego Armijo

Responsable es de las ropas dobladas hasta la fina partícula, apretadas formando un cuerpo variado en textura, no así en colores, clausuras, tapa pozo séptico, con libros. Eso, su mochila. También atrae hacia sí un carro cuyos fierros expresan frío al recorrer el terminal, entradas de escaleras -pues las subidas planas aún no ha sido terminadas-, pasillos que llevan a un subsuelo que conecta con las boleterías y tras puertas de vidrio, los buses que desde ahí, Valdivia, van a otros lados. El carro a la manera de una radio sin señal chirrea, un poco cojo además, aplastado por las cajas, éstas, arrollado de cartón, dejando quietos los otros libros, los que no se vendieron en la feria. A diferencia de los que en la mochila mezclan su olor a nuevo con los calcetines y calzoncillos olorosos de estadía, estos permanecen aún en la posibilidad de venta en una próxima. Ya poseyendo el papelito que le arrienda un asiento (no salón cama, incómodo), varias horas, de noche para llegar de día, temprano, a Viña. Le gustaría soltar la lengua con alguno de sus similares ahí, pero los ve tan concentrados en sus internas ciudades, así como él, que nada hace. Ya llegado bus, guardar carro y cajas y mochila, subir y apagarse. Le es indiferente, ahora, el viaje. Toda la noche recorrida y ya cuando le suenan los árboles del verde más apagado, o sea, hogar, suena su celular y es su polola con la que ni un mes lleva. Comenta la cancelación de sus actividades por el día, que lo va a buscar al terminal, que después van a la casa de él. Aún cansancio, libros, asiento incomodado, la voz y la actividad le alegran. Y ahí está, empequeñecida entre los que llegan, de anaranjado su chaqueta, bien linda, como algún paisaje que no logró ver allá en Valdivia, pero algo le refleja, algo le dice, yo he visto esto y me gusta. Se van juntos, sigue un viaje corto.



ESPASMO

Nicolás Mayora

en valdivia no ocurre absolutamente nada
o eso es lo que creo
encerrado en la sensatez del absurdo y las paredes
ni el péndulo salva lo triste del silencio

MENOS CUANDO
destapas una pilsen y no te encuentras ni a tu sombra
MÁS AÚN
lejos de quien amas o de quien brindaste compañía
si solo pudiera intercambiar las tapas de canje y botellas…..
por una charla con el rio irremediable

el cemento y los pelues
sus murallas destrozadas
son amistades que si puedes rescatar
como una línea en la palma de la mano

si la fealdad te asusta
no camines por valdivia
si buscas la belleza
no quedes en evidencia frente a los demás
(desaparécete)
aunque nunca hayas jugado a las escondidas
absolutamente todos!

Divagan
Roñosos
En
Algun
Mall
Sureño

Re we lelay tati

Nicolas Catrian Catrilaf

Quién sabe cómo un ventarrón me arropó en la ciudad, me tapó en las hojas de los árboles y aun así nunca dejé de verme de pichiche en las poblas. Caminé por los plátanos orientales, los supermercados con cámaras y küla guardias vigilando a las niñas y niños por ser pobres, por vivir en la parte sur descentralizada de las grandes metrópolis, centros urbanos llenos de pobres regando con agua privada las flores, orquideas, rosas, boldos. Caminé por sobre tubos que sostienen ahora la avenida santo tomás cuando destruyeron el cemento en que se colocaba la feria libre y quedó un hoyo de pura metros de hondo. Con mis amigos deambulábamos entre los cuadrados secos de tierra que queda entre las veredas. Recuerdo cuando pasábamos rápido por la zapla rodeándola por nuestra fragilidad petu muley taiñ kolul ta pichiche weche bewla may tati inchiñ, fragilidad en ver los columpios quebrados y el flaco angurri de los block fumándose uno vigilante, atento, al acecho en su ley, una mirada y nada más. Los platos eran de origen feriano con diseños antiguos, las madres poniendo su alegría en los caldos en los días soleados, las guerras de agua que fueron la despedida de muchas caras que tenían encima de ellas solo el cielo azul que los vigilaba. Un disparo o fuegos artificiales, ¿qué más daba? Me fui a Ainil-Leufu y me sentí niño de nuevo, un juguete entre los Lewfu, una lagartija pintanina en el arboretum, un porro entre los de raza. El viento me abrazaba más cálido y tendía sobre mi el constante choque con la realidad. Las plazas no cambiaban mucho, el cielo no cambiaba mucho, las personas que regaban las plazas no cambiaban mucho, y yo seguía siendo un pichiche warriache mapurbe. El loco de la plaza seguía pareciéndose al de otras ciudades. La gente era más rubia, más sofisticada. El mapuche seguía siendo marginal, pobre. Las calles tenían más árboles, el pasto no era artificial. En las calles se gritaba protesta. En los lof se seguía empobreciendo. El gope seguía allanando lofmapu, con lacrimógenas en escuelas rurales. Comprendí que era el itrofillmogen, el kumemongen, feyentun, y la defensa de estos. Hay que ser segurx, hay que ser fuerte, ¿hay seguir siendo niñx?

Reflejo solitario

Sofia Gonzáles

Igual es más divertido salir de noche, es casi lo mismo que el día. No se ve nada, siempre está nublado, a veces salen la luna y las estrellas, pero esas luces no dejan de ser opacas.

Me gusta la costanera, siempre perfumada a lobo marino. Pero me apesta la luz artificial. Era la tercera… cuarta… ¿sexta? cerveza que me tomaba esa noche, por lo que intenté treparme en uno de los postes de luz y botarlo a golpes. En mi mente lo estaba logrando, aunque en realidad no estaba llegando a ninguna parte. Siempre sin rumbo.

No podía parar de bailar. Caminé, caminé y caminé. Terminé frente a la parte nueva, lo más reciente entre las construcciones inútiles entregadas por el gobierno. La gente se alejó, me apoyé en la reja y escupí hacía el agua: “que aburrido”. No podía saber ni cómo me sentía si me tenían atrapado de esta forma. Siempre me quitaban todo.

Las estrellas me susurraban las formas de llegar a casa, pero no estaba ni ahí. Solo quería verme en el espejo una vez más. Di un par de pasos de persona perdida hasta que terminé justo frente al río. Me incliné, solo para ver mi barba y mi ropa arrugada. No era como los cuicos que pasan de día, ni como los pobres que se fuman un puchito quejándose de lo injusta que es la vida. Yo no era nadie, solo un reflejo en un río vacío.

Me senté entre las rocas, metiendo las patas al agua. Me daba lo mismo enfermarme.

“¿Qué andai haciendo aquí weón?
“No teni nada mejor que hacer, si a nadien le importa lo que pase contigo po” Me respondió el reflejo.
“Ya que eri pesao weón”

“Te estoi diciendo la verdad weón. Ven conmigo.”
“¿Qué wea tai hablando? ¿Vo creí que soy gil acaso? ¿Cómo voy a irme conmigo?”
“Ven, ven conmigo.”
“Voy a ir pa puro cerrarte el hocico a charchazos.”
“Ven, ven, ven…”

Y de la nada el hombre se lanzó al agua. Grité, casi me mee del terror. Pensé que se había caído pero juré que no se levantaba, no se movía. ¿Estaba muerto? Estaba raja curao cuando pasó por mí lado, pero quise seguirlo. Y se lanzó de la nada. ¿Qué hago? ¿Llamar a los pacos? Pero si a los pacos les da lo mismo. Siempre ha sido así.

¿Debería sacarlo del agua? Pero cómo, si su cuerpo se está yendo, no está haciendo nada por salir ¿¡Que chucha le pasa!?

Entonces, en medio de la neblina que se estaba formando, escuché una voz que susurraba. La misma voz con la que el viejito estaba gritando hace un rato. Me acerqué el agua, vi mi reflejo, pero no oí nada.

Mi reflejo no fue capaz de decirme nada.

El cuerpo del hombre ya no estaba.

Selva Costera Valdiviana

Claudio Salamanca

Muy cerca de Valdivia, en la selva más salvaje
Que más allá del verde yo no podía ver
Esa vida que se teje, entre hojas y ramajes
Yo perdido en su espesura, ya no quise volver.

El tronco frío del melí, la tibieza del mañío
Aromático y melífero, el florido corcolén
Tan verde era la tepa, en el bosque más sombrío
Vi trepando medallitas abrazadas de un laurel.

De pie junto al abismo, bosques puros de olivillo
Se corona el ulmo blanco, cuando empieza a florecer
Entre nalcas y tíneos, entre musgos y canelos
Se estira y tuerce el voqui, que no para de crecer

La dureza de la luma, arrayán tan colorido
Canta libre el fiofío cuando empieza amanecer
Senda dulce de la murta, notro rojo y encendido
Las raíces que se aferran, esperando renacer.

El mecanismo de la memoria

Juan Angulo

Mi tesis se titula: Cobertura a éxitos deportivos de la octava región post dictadura. Elegí el tema porque quería revivir el único vínculo real que tengo con mi papá: seguir a Petrox por Chile. Petrox es (o era, ahora se llama Enap) una refinería y tenía un grandioso equipo de Básquetbol. Antes que mis ídolos fueran la Roca o Batman, mis referentes eran Viafora y Anthony White. Los veía jugar y pensaba que eran invencibles. Por un tiempo lo fuimos. Ganamos la Dimayor tres veces seguidas.

Al principio mi mamá nos acompañaba. Luego dejó de hacerlo y a la salida le comprábamos un maní confitado. Yo pensaba que con ese regalo todo estaba todo bien.

Mi entendimiento de la realidad cuando niño era muy incompleto. Estrecho. Como un caballo de carga que ve la parte del camino que le permiten las anteojeras. A veces pienso que todo ha sido culpa del colegio bautista al que me metieron, otras veces pienso que es falla de fábrica no más.
Mi investigación la dividí en dos. La primera parte sobre Petrox, después todo el resto.

Pasé horas en la biblioteca de la universidad, otras en la municipal. En mis investigaciones encontré mucho material. Mi memoria no me engañó en algo: el básquetbol fue fenómeno de masas. Aclaremos masa: 4 mil personas.

De esa época recordaba con claridad una cancha: la de Valdivia. Jamás había visto un parquet negro y naranjo. En ese tiempo creía que una característica particular te podía hacer invencible. Y esos colores no los había visto en ningún otro gimnasio. Miré a mi papá y pensé: ingenuo, no sabe que vamos a perder. No fue así. Comenzamos el partido con un triple de Viafora, casi desde la mitad de la cancha. Ganamos ese día y la serie.

En un diario encontré, en la última página, a todo color, fotos bajo el título: Los hinchas no dejan solo a Petrox en Valdivia. Entre las siete fotos estaba yo. Mi papá a mi lado y al lado de él una mujer, su actual pareja.

Mi memoria, desgastada y endeble, descubrió la pieza que le faltaba. La sombra que me visitaba en pesadillas adquirió rostro, uno que pensé conocía hace poco. El mecanismo de mi memoria me recordó diapositivas de ese tiempo: vi a mi papá conversando con otra persona, abrazando a otra persona y siempre callando cuando notaba que lo miraba con ganas de hacer una pregunta.

Jugaron con la simpleza de mis ojos. Me paré dispuesto a ir a encarar a mi papá. En el teléfono vi un mensaje de mi mamá: no traigas pan, hice. Le respondí: te llevo un maní confitado. Dejé de caminar hasta el trabajo de mi papá y tomé el primer colectivo hacía mi casa.

¿CUANDO SE LEE POCO
SE DISPARA MUCHO!
BANCO de CHILE
CHILE DISPIERTA

NO ERA DEPRE
ERA CAPITALISMO

ASAMBLEA CONSTITUYENTE ¡AHORA!
NO+ AFP
PORQUE NO TENEMOS NADA LO QUE PERDER

COMEDOR POPULAR
IMAGINAS
LAS BALAS NO NOS

Los Libros del Gato Caulle

En Valdivia no llueve III

Selección de relatos. Convocatoria 2019